

da Escritura (1), que yendo el rey de Israel Joram, y Josafat rey de Judá, y el rey de Edom, á pelear contra el rey de Moab, caminando por el desierto les faltó el agua, y perecia de sed todo el ejército. Fueron á consultar al profeta Eliseo, y dícele el rey de Israel, que era malo é idólatra: ¿Qué es esto? ¿Cómo nos ha juntado aquí Dios á tres reyes para entregarnos á los moabitas? Respondió Eliseo: *Quid mihi, et tibi est? Vade ad prophetas patris tui et matris tuæ: vivit Dominus exercituum, in cujus conspectu sto, quod si non vultum Josaphat Regis Judæ erubescerem, non attendissem quidem te, nec respexissem; nunc autem adducite mihi psaltem.* Le reprendió con un celo y coraje santo, dándole en rostro con sus pecados é idolatrías; pero al fin, por respeto del rey Josafat, que era bueno y santo, quiso declarar las mercedes que el Señor les había de hacer en aquella jornada, dándoles luego abundancia de agua, y despues victoria de sus enemigos. Empero porque con aquel coraje y celo, aunque santo, se había desasegado y turbado algo, para quietarse y sosegar, y así recibir la respuesta de Dios, manda que le traigan un músico, y venido, quieto y sosegado con la música, comienza á decir las maravillas que el Señor había de obrar con ella. Pues si de una turbacion buena y santa fue menester que el que era santo se quietase y sosegase para tratar con

(1) IV Reg. III, 13-15.

Dios, y recibir su respuesta; ¿qué será de la turbacion y desasosiego que no es santo ni bueno, sino imperfecto y malo?

Cuanto á lo segundo, que la oracion sea medio para alcanzar la mortificacion, dijimoslo largamente tratando de la oracion (1), y ese es el fruto que tenemos de sacar de ella; y la oracion que no tiene por hermana y compañera á la mortificacion, la tienen los Santos por sospechosa: y con razon, porque así como para labrar el hierro no basta ablandarle con el calor de la fragua, sino acudimos con el golpe del martillo, para darle la figura que queremos; así no basta ablandar nuestro corazon con el calor de la oracion y devocion, sino acudimos con el martillo de la mortificacion, para labrar nuestra ánima, y quitarle los siniestros que tiene, y figurar en ella las virtudes que ha menester; y para eso ha de ser la dulzura de la oracion, y la suavidad del amor de Dios, para facilitar el trabajo y dificultad que hay en la mortificacion, y animarnos y esforzarnos con eso á negar nuestra voluntad, y vencer nuestra mala condicion. Y no tenemos de parar en la oracion hasta alcanzar con la gracia del Señor esta perfecta mortificacion de nuestras pasiones, de que tanta necesidad tenemos, y que los Santos y toda la Escritura divina tanto nos encomiendan.

San Agustin, c. 21, v. 8, sobre aquello del Génesis: *Crevit igitur*

(1) Part. 1, tract. 5.

puer, et ablactatus est: fecitque Abraham grande convivium in die ablactationis ejus: Creció el niño Isaac, y destetaronle, é hizo Abraham un grande convite en el día que le destetaron; pregunta, ¿qué es la causa que cuenta la sagrada Escritura, que nació el niño Isaac, aquel niño tan prometido y deseado, en el cual habían de ser benditas todas las gentes, y no se hace fiesta en su nacimiento, y dice que le circuncidan al octavo día, que era como acá el día del bautismo solemne, y tampoco se hace fiesta, y despues cuando le destetan, cuando ponen acíbar á los pechos de la madre, y el niño llora porque le quitan la leche, entonces dice que hizo fiesta su padre y un banquete muy grande? ¿Qué quiere decir esto? Dice el Santo, que es menester que lo refiramos á algun sentido espiritual, para poder dar la solucion; y que lo que nos quiere dar á entender en esto el Espíritu Santo es, que entonces ha de ser la fiesta y regocijo espiritual, cuando uno va creciendo y haciéndose varon perfecto, y yano es de aquellos que dice el Apóstol: *Tamquam parvulis in Christo lac vobis potum dedi, non escam.* I ad Cor. III, v. 1. Como á niños os he dado leche, y no manjar sólido. Y aplicándolo mas á nosotros, lo que nos quiere decir es, que no es el gozo y regocijo de la Religion, ni de los superiores, que son nuestros padres espirituales, cuando naceis en la Religion entrando en ella, ni cuando al cabo del noviciado os re-

ciben en ella; sino cuando ven que os vais destetando y dejando de ser niño, y que yano gustais de los manjares y entretenimientos de los niños, sino que sabeis comer pan con corteza, y os pueden tratar como á hombre espiritual y mortificado.

Fuera de esto tiene la oracion otra trabazon y hermandad particular con la mortificacion, que no solamente es medio para alcanzarla, sino ella misma en sí es grande mortificacion de la carne. Así lo dice el Espíritu Santo por el Sábio: *Vigilia honestatis tabefaciet carnes,* Eccli. xxxi, v. 1; y en otra parte: *Frequens meditatio, carnis afflictio est,* Eccli. xii, v. 12: Las vigiliass y la frecuente meditacion y consideracion maceran y amortiguan la carne. Y esto nos da tambien á entender la Escritura divina (1) en aquella lucha que tuvo el patriarca Jacob con el Ángel toda la noche, de la cual dice que quedó cojo. Y por experiencia vemos que los que se dan mucho á estos ejercicios mentales andan flacos, descoloridos y enfermos; porque son una lima sorda que debilita y amortigua la carne, y gasta las fuerzas y salud; y así por todas partes ayuda mucho la oracion para la mortificacion.

CAPÍTULO II.

En qué consiste la mortificacion, y de la necesidad que de ella tenemos.

Para que llevemos esto de raíz, es menester presuponer lo primero,

(1) Genes. xxxii, 16.

que en nuestra ánima hay dos partes principales, que los teólogos llaman porción superior y porción inferior: por otros términos mas claros, razon y apetito sensitivo: y antes del pecado, en aquel dichoso estado de la inocencia y justicia original en que Dios crió al hombre, esta porción inferior estaba perfectamente sujeta á la superior, el apetito á la razon, como cosa menos noble á la mas noble, y como natural siervo á su señor: *Fecit Deus hominem rectum. Eccles. VII v. 3.* No crió Dios al hombre desordenado, como ahora estamos: entonces, sin ninguna dificultad ni contradicción, antes con mucha facilidad y suavidad, obedecía el apetito á la razon, y se iba el hombre á amar á su Criador, y emplear todo en su servicio, sin haber cosa que le impidiese ni estorbases. Estaba entonces tan sujeto y rendido el apetito sensitivo á la razon, que no se podia levantar movimiento ni tentacion alguna de la carne, sino es que el mismo hombre libremente lo quisiese. No fuéramos entonces tentados de ira, ni de envidia, ni de gula, ni de lujuria, ni de otro mal deseo, sino es que nosotros por nuestra voluntad le quisiéramos tener. Empero por el pecado, como la razon se rebeló contra Dios, se rebeló tambien el apetito sensitivo contra la razon: *Non enim quod volo bonum, hoc facio; sed quod nolo malum, hoc ago,* ad Rom. VII, v. 19, decia el apóstol san Pablo. Contra toda vuestra voluntad, aunque os pese,

se levantarán en vuestro apetito sensitivo movimientos y aficiones contrarias. Y mas, si el hombre no pecara, el cuerpo estuviera dispuesto para cualquier obra que el alma quisiera ejercitar, que no sintiera en él ningun impedimento; pero ahora, *corpus, quod corrumpitur, aggravat animam*, Sap. IX, v. 15, para muchas cosas, para que el alma se siente hábil y deseosa, le es estorbo el cuerpo: á la manera que cuando caminamos en una bestia de mal paso, y nos lleva molidos, tropieza á menudo, cánsase, y á veces no la podemos menear, espántase de la sombra, échase al mejor tiempo; tal es ahora este nuestro cuerpo. Ese fue el castigo y justo juicio de Dios, dice san Agustin (1): *Hæc est enim pena inobedienti homini reddita in semetipso, ut ei vicissim non obediat neque à semetipso*: Esta es la pena y la justicia que mandó hacer la majestad de Dios nuestro Señor contra el hombre desobediente, que pues él no quiso obedecer á su Criador y Señor, que tampoco le obedezca á él su carne y apetito, sino que sienta en sí una continua guerra y rebelion.

Dicen los teólogos con Beda, que el hombre, por el pecado, *fuit spoliatus gratuitis, et vulneratus in naturalibus*: no solo quedó despojado de la justicia original, y de la gracia y de otros dones sobrenaturales que habia recibido, sino que quedó llagado y estragado en

(1) August. lib. I contra advers. legis, et Prophetar. cap. 14.

lo natural; porque el entendimiento quedó oscurecido para entender las cosas de Dios, el libre albedrío enfermó, la voluntad para lo bueno flaca, el apetito para lo malo fuerte y desenfrenado, la memoria derramada, la imaginacion tan inquieta y desasosegada, que apenas podemos rezar un Pater noster con el pensamiento fijo en Dios, sin que luego, casi sin sentirlo, nos hurte el cuerpo, ó se salga de casa, y corra por todos estos mundos sin parar: los sentidos curiosos, la carne súcia y mal inclinada. Finalmente quedó nuestra naturaleza tan llagada y estragada por el pecado, que ya no camina como antes caminaba, ni puede lo que antes podia, sino que el que antes del pecado amaba á Dios mas que á sí, despues del pecado ama á sí mas que á Dios, y anda siempre aficionado y enamorado de sí mismo, y deseo de hacer su propia voluntad, inclinado á cumplir sus apetitos, y á dejarse llevar de sus pasiones y deseos, aunque sea contra la razon y contra Dios.

Mas habemos de notar (1), que aunque por el Bautismo se nos quita el pecado original, que fue causa de este desconcierto; empero no se nos quita esta exencion y rebeldia de nuestro apetito contra la razon y contra Dios, que llaman los teólogos y los Santos, *fomes peccati*. Quiso Dios nuestro Señor por su justo y alto juicio y disposicion

(1) Bonav. lib. 8 de profect. Religiosor. cap. 33.

que nos quedase esta rebeldia y contradicción, para reprimir nuestra soberbia, y en pena de ella, para que anduviésemos siempre humillados, viendo nuestra miseria y bajeza: *Homo cum in honore esset, non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* Psalm. XLVIII, v. 21. Crió Dios al hombre en grande honra y dignidad, adornándole y hermoseándole con muchos dones y gracias sobrenaturales, y él no lo supo conocer ni agradecer; y así mereció que Dios le despojase y privase de todo eso, y quedase hecho semejante á las bestias, sintiendo en sí deseos y apetitos bestiales, para que así se conozca y humille, y no tenga ya ocasion de ensoberbecerse, que no tenemos ninguna, si nos supiésemos conocer, sino muy muchas para andar siempre confundidos y humillados.

Lo segundo, habemos de suponer otro fundamento principal en esta materia, que se sigue de lo dicho, que este nuestro apetito así desconcertado y desordenado, esta nuestra carne y sensualidad, con este *fomes peccati* que habemos dicho, es el mayor impedimento y estorbo que tenemos para caminar en el camino de la virtud. Esto es lo que decimos comunmente, que la carne es el mayor enemigo que tenemos, porque de ahí nacen todas nuestras tentaciones y caidas, como dice el apóstol Santiago en su Canónica: *Unde bella, et lites in vobis? Nonne ex concupiscentiis vestris, que*

militant in membris vestris? Jacob. c. iv, v. 1. Esa nuestra sensualidad y concupiscencia, ese amor propio desordenado que nos tenemos á nosotros mismos, es causa de todas nuestras guerras, de todos nuestros pecados, y de todas cuantas faltas é imperfecciones hacemos; y así esta es la mayor dificultad que hay en el camino de la virtud: esto los mismos filósofos con la luz y razon natural lo conocieron. Aristóteles dijo (1), que toda la dificultad de ser un hombre bueno y virtuoso está en refrenar y moderar los deleites y las tristezas. Epicteto reducía toda la suma de la filosofía á estas dos breves palabras: *Sustine, et abstine*: Sufre, y absente; porque toda la dificultad de la virtud está en dos cosas, en acometer y sufrir el trabajo, y abstenernos del deleite y gusto. Y bien lo experimentamos todos; porque ningun hombre peca, sino, ó por huir alguna dificultad y trabajo, ó por conseguir algun gusto y deleite, ó no abstenerse de él. El uno peca por el amor y codicia de la hacienda; el otro por la codicia y ambicion de la honra. Este por conseguir el deleite carnal y sensual, aquel por huir la dificultad y trabajo que siente en el cumplimiento de los mandamientos de Dios y de su Iglesia, porque tiene mucha dificultad en amar á su enemigo, ó en ayunar y confesar sus pecados vergonzosos y ocultos. Todos los pecados nacen de aquí, y

(1) Aristotel. lib. 7 Ethic. cap. 7.

no solo los pecados, sino todas cuantas faltas é imperfecciones hacemos en el camino de la virtud, como dirémos despues.

Con esto se entenderá bien en qué consiste la mortificacion, que es en concertar y moderar nuestras pasiones y malas inclinaciones, y el amor propio desordenado. Dice san Jerónimo sobre aquellas palabras de Cristo nuestro Redentor (1): *Qui vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me*: Aquel seniega á sí mismo, y lleva su cruz, que antes no era honesto, y se hace casto y honesto: antes no era templado, y se hace muy abstimente: antes era tímido y flaco, y se hace fuerte y constante. Eso es negarse á sí mismo, hacerse otro del que antes era; y esa es tambien la necesidad que de la mortificacion tenemos. Y añade san Basilio (2): Advertid que primero dijo: Niéguese á sí mismo; y luego dice: Y sígame; porque si no haceis primero eso de negar y quebrantar vuestra propia voluntad, y mortificar vuestras malas inclinaciones y apetitos, hallaréis muchas ocasiones y estorbos que os impedirán el seguir á Cristo. Es menester allanar primero el camino con la mortificacion; por eso pone él la mortificacion por fundamento, no solo de la perfeccion, sino de la vida cristiana. Esta es la cruz que habemos de llevar siempre á cues-

(1) Hieronymus, epist. ad Algacian.; Matth. xvi, 14; Luc. ix, 23.

(2) Basil. II Cor. iv, 10.

tas, si queremos seguir á Cristo. II ad Cor. iv: *Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes*. Esto es tambien lo que dijo Job, que la vida del hombre es una continua guerra: *Militia est vita hominis super terram*; porque, como dice el apóstol san Pablo: *Caro concupiscit adversus spiritum, spiritus autem adversus carnem: hæc enim sibi invicem adversantur, ut non quacumque vultis, illa faciatis*. Ad Galat. v, v. 17. La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, porque son dos contrarios enemigos. Esta es la guerra continua que traemos con nosotros; y el que venciere y sujetare mejor su carne y apetitos, ese será mejor, y mas fuerte y valeroso soldado de Cristo. Y así dicen los gloriosos padres y doctores de la Iglesia, Gregorio y Ambrosio (1), que esta es la verdadera fortaleza de los siervos de Dios, la cual no consiste en las fuerzas y brazos del cuerpo, sino en la virtud del ánimo, en vencer su carne, en contradecir sus apetitos y deseos, en menospreciar los deleites y contentos de esta vida, y en llevar bien los trabajos y adversidades que se ofrecen. Y añaden, que mas es regirse uno á sí, y ser señor de sí, y de sus pasiones y sentidos, que regir y sujetar á otros, conforme á aquello del Sábido, Prov. xvi, v. 32: *Melior est patiens viro forti, et qui dominatur*

(1) Gregor. lib. 7 Mor. cap. 8; Ambros. lib. 5 de offic. cap. 39.

animo suo, expugnatore urbium. Y da la razon san Ambrosio (1); porque, *Graviores inimici sunt praviores quam hostes infesti*: Mayores enemigos son nuestras malas inclinaciones y pasiones, que los enemigos exteriores. Y tratando de lo mucho que vino á valer José, dice (2), que mas fue, y mas hizo en regirse y ser señor de sí, no consintiendo con su ama en el adulterio, que en regir y gobernar despues todo el reino de Egipto. Y san Crisóstomo (3) dice, que mas hizo David venciendo y mortificándose en no querer vengarse de Saul, cuando le pudiera matar en la cueva, que cuando venció al gigante Goliath; y los despojos de esta victoria, dice, no los puso en la ciudad de Jerusalem la del suelo, sino en aquella soberana Jerusalem del cielo: y no le salen aquí al encuentro cantando alabanzas las mujeres de Israel, como cuando venció á Goliath, sino el ejército de los Ángeles se regocijaba de lo alto, y se maravillaba de su virtud y fortaleza.

CAPÍTULO III.

Que es de los mayores castigos de Dios el entregar á uno á sus apetitos y deseos, dejándole que vaya tras ellos.

Para que se entienda mejor la necesidad que tenemos de mortificar

(1) Ambros. serm. 87 de Eliseo.

(2) Ambros. lib. de Patriar. Joseph. c. 5; Genes. xxxix, 7 et seq.

(3) Chrysost. hom. de David et Saul, t. 1; I Reg. xxiv, 7; xviii, 6.

nuestra carne y apetitos, y así nos animemos á tomar las armas contra este enemigo, importa mucho que conozcamos bien cuán gran contrario y enemigo es este. Eslo tanto, que dicen los Santos, que uno de los mayores castigos de Dios, y donde él muestra mas su ira, es entregar al pecador en manos de este enemigo, entregándole á sus apetitos y deseos, como en manos de crueles sayones; y traen para esto muchos lugares de la sagrada Escritura, como aquello del Profeta, Psalmo LXXX, v. 12 et 13: *Et non audivit populus meus vocem meam, et Israel non intendit mihi. Et dimisi eos secundum desideria cordis eorum, ibunt in adinventionibus suis*: No me quiso obedecer mi pueblo, ni oír mis consejos; dejéles que se fuesen tras sus apetitos y deseos, y siguiesen sus invenciones y antojos. Y el apóstol san Pablo dice, que este es el castigo que envió Dios á aquellos soberbios filósofos gentiles por su altivez y soberbia: *Quia cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt, aut gratias egerunt, sed evanuerunt in cogitationibus suis: propter quod tradidit illos Deus in desideria cordis eorum, in immunditiam, ut contumeliis afficiant corpora sua in semetipsis*. Ad Rom. I, v. 21 et 24. El castigo con que Dios los castigó fue, que los entregó á sus apetitos y deseos, como en manos de crueles verdugos. Nota san Ambrosio, que por este entregar de Dios, que aquí y en otros muchos lugares de la sagrada Escritura lee-

mos, no se ha de entender que Dios incite á mal á nadie, ni le haga caer en pecado, sino es permitir que esos apetitos y deseos malos que habian concebido allá dentro en su corazón vengan á salir á la luz, y ayudados é instigados del demonio los vengan á poner por obra.

Veráse bien cuán grande castigo sea este, por lo que se sigue de ahí. Va ponderando el glorioso y bienaventurado apóstol san Pablo cómo les fué con este castigo á aquellos soberbios filósofos, y cómo les trató este cruel enemigo, á quien Dios los entregó. No se puede decir ni encarecer con palabras á qué extremo de males los llevó: llevólos por todo género de pecados, y no paró hasta dar con ellos en pecados súcios, feos, abominables y nefandos: *Tradidit illos Deus in passiones ignominiae*. Ad Rom. I, v. 26. ¡Ay de vos, cuál os parará ese vuestro enemigo, esa bestia fiera, indómita, si os dejais caer en sus manos! Dice san Ambrosio (1): *Qui dominari nescit cupiditatibus, is quasi equus raptatur indomitus, volcitur, obtritur, laniatur, affligitur*. ¿Quereis que os diga de qué manera os tratará, y cuál os parará? Como un caballo desbocado y furioso, que lleva al que va encima de lodazal en lodazal, y de barranco en barranco, hasta dar con él en un despeñadero; de esa manera os tratará ese vuestro apetito, si no le sabeis domar y mortificar, y ser señor de él: llevaráos de pecado en pecado, de vi-

(1) Ambros. lib. 3 de Virginibus.

cio en vicio, y no parará hasta despeñaros en pecados gravísimos, y dar con vos en el profundo del infierno. Y así dice el Eclesiástico, c. XVIII, v. 30: *Post concupiscentias tuas non eas, et à voluntate tua avertere*: Mira no te dejes llevar de tus malas inclinaciones y apetitos; guárdate de tu propia voluntad; porque: *Si praestes animæ tuæ concupiscentias ejus, faciet te in gaudium inimicis tuis*: Si te dejas llevar de tus malas inclinaciones y apetitos, harás que tus enemigos vean mal gozo de tí, y serás para ellos materia de risa y escarnio. No hay mayor fiesta para nuestros enemigos los demonios que vernos entregados á nuestros apetitos y antojos, porque ellos nos pararán tales, cuales todo el infierno junto no pudiera. Y así pide el Sábio, Eccli. c. XXIII, v. 4 et 6, á Dios muy encarecidamente, que no le envíe tal azote y castigo: *Domine Pater, et Deus vite meae, aufer à me ventris concupiscentias, et concubitus concupiscentiae ne apprehendant me; et animæ irreverenti, et infrunitæ ne tradas me*: ¡Oh Señor Dios de mi vida y de mi alma, no me entreguéis á este apetito tan desvergonzado y tan desenfrenado, ni permitais que me lleve tras sí! Con razón dicen los Santos, que no hay mayor señal de la ira de Dios que dejar al pecador andar á su placer y al sabor de su paladar, siguiendo sus apetitos y deseos. Cuando el médico deja al enfermo que coma y beba lo que quisiere, señal es de

muerte, déjale por desahuciado. Pues eso es lo que hace Dios con el pecador, cuando está muy airado con él; déjale que haga lo que quisiere. ¿Y qué es lo que ha de querer el hombre tan enfermo y tan mal inclinado, sino lo que le hace daño y le causa la muerte? Por aquí se entenderá bien el infeliz y peligroso estado de los que tienen por felicidad y grandeza hacer en todo su voluntad.

CAPÍTULO IV.

Del odio santo de sí mismo, y del espíritu de mortificación y penitencia que de él nacen.

Si se considera bien lo que se ha dicho, bastará para engendrar en nosotros aquel odio y aborrecimiento santo de nosotros mismos, que Cristo nuestro Redentor nos encomienda tanto en el sagrado Evangelio, Luc. XIV, v. 26, que sin él, dice, no podemos ser discípulos suyos; porque, ¿qué mas es menester para esto que saber que este nuestro cuerpo es el mayor contrario y enemigo que tenemos? Enemigo mortal, el mayor traidor que nunca se vió, que anda buscando la muerte, y muerte eterna, á quien le da de comer, y todo lo que ha menester: que por haber él un poco de placer, no tiene en nada dar enojos á Dios, y echar el alma en el infierno para siempre jamás. Si dijese á uno: sabed que uno de vuestra casa, y de los que comen y beben con vos, os arma una traición para mataros,

¿qué temor tendría? Y si le dijese: pues sabed mas, que es tanto el odio y enemistad que tiene con vos, que tiene tragada la muerte á trueque de mataros; ya sabe que luego le han de coger y matar á él, y con todo eso tiene arriesgada su vida por salir con la suya: ¿cómo estando comiendo, y echándose á dormir, y á todas horas, temería y estaría con sobresalto, si habia de venir entonces y darle una puñalada que le acabase; y si pudiese descubrir quién es, qué odio le cobraría y qué venganza tomaría de él! Pues ese es nuestro cuerpo, que come y duerme con nosotros, y sabe muy bien que haciendo mal á nuestra ánima, le hace tambien á sí mismo; y que echando el ánima en el infierno, ha de ir él allá tras ella; y con todo eso, á trueque de salir con su gusto, lo atropella todo, y no repara en nada. Mirad si tenemos razon de aborrecerle. ¿Cuántas veces os ha puesto en el infierno este vuestro enemigo? ¿Cuántas veces os ha hecho ofender á aquella infinita Bondad? ¿De cuántos bienes espirituales os ha privado? ¿Cuántas veces pone vuestra salvacion en peligro cada hora? Pues ¿quién no se indignará y tomará un coraje santo con quien tantos males le ha hecho, y de tantos bienes le ha privado, y en tantos peligros le pone cada momento? Si aborrecemos al demonio, y le tenemos por capital enemigo, por la guerra y daño que nos hace; mayor enemigo es nuestra carne, porque ella nos hace mas cruel y mas

continua guerra; y muy poco podrían los demonios, si no tuviesen de su parte esta carne y sensualidad, para hacernos guerra con ella.

Esto les hacia á los Santos tener este odio y aborrecimiento contra sí mismos; y de ahí nacia en ellos un espíritu grande de mortificacion y penitencia, para vengarse de este su enemigo, y tenerle sujeto y rendido, y andar siempre con temor de dar algun contento y regalo á su cuerpo, pareciéndoles que eso era andar y dar armas á su enemigo, y que cobrase brios y fuerzas para hacerles mal. Dice san Agustin (1): *Ne præbeamus vires illicitas corpori nostro, ne committat bellum adversus spiritum nostrum*: No ayudemos ni demos fuerzas á nuestra carne, porque no haga guerra al espíritu, sino procuremos castigarla y mortificarla, para que no se levante á mayores; porque como dice el Sábio: *Qui delicate à pueritia nutrit servum suum, postea sentiet eum contumacem*. Prov. xxix, v. 21. El que delicadamente cria á su siervo desde su primera edad, despues le hallará rebelde y contumaz. Andaban aquellos santos monjes antiguos con tan grande cuidado en este ejercicio, procurando de mortificar y disminuir las fuerzas á este enemigo, que cuando otros medios no bastaban, tomaban trabajos corporales muy excesivos para domar y quebrantar su cuerpo; como cuenta Paladio de un monje, que era muy fatiga-

(1) August. lib. seu exhortat. de salutar. monit. cap. 35.

do de pensamientos de vanidad y soberbia, y no podia echarlos de sí; acordó de tomar una espuerta, y pasar á cuestras un gran monton de tierra de una parte á otra. Preguntábanle, ¿qué haceis? Respondia: *Vexo eum qui me vexat*: Atormento y fatigo á quien me fatiga y atormenta: véngome de mi enemigo. Lo mismo se dice (1) de san Macario en su vida; y de san Doroteo se cuenta, que hacia gran penitencia, y afligia mucho su cuerpo: y una vez viéndole otro tan trabajado, dijole: ¿Por qué atormentas tanto á tu cuerpo? Respondió: Porque me mata él á mí. San Bernardo encendido en un odio y coraje santo contra su cuerpo, como contra enemigo suyo capital, decia: *Excurret Deus, cadat armatus iste, cadat, et conteratur inimicus homo, contemptor Dei, amator sui, amicus mundi, servus diaboli*: Levántese Dios en nuestra ayuda, y sea destruido este enemigo menospreciador de Dios, amador del mundo y de sí mismo, siervo y esclavo del demonio. *Quid tibi videtur? Certe si recte sentis, mecum dices: Reus est mortis, crucifigatur, crucifigatur*: Por cierto, si teneis buen sentir, que digais conmigo: Bien merece la muerte, muera el traidor, pónganle en un palo, crucifiquenle.

Pues con estos brios y aceros habemos de andar nosotros mortificando nuestra carne, y sujetándola, para que no se levante á mayores, y lleve tras sí el espíritu y la razon:

(1) Histor. Eccles. pag. 2, lib. 6, cap. 2.

especialmente que vencido este enemigo, quedará tambien el demonio vencido. Así como los demonios nos hacen guerra á nosotros, y nos procuran vencer, tomando por medio nuestra carne, así nosotros habemos de hacer guerra á los demonios, y vencerlos mortificándola y contradiciéndola. Nota esto muy bien san Agustin sobre aquellas palabras del glorioso apóstol san Pablo: *Ego igitur sic curro, non quasi in incertum; sic pugno, non quasi aerem verberans, sed castigo corpus meum, et in servitutem redigo*. I ad Cor. ix, v. 26, 27. No peleo yo contra el demonio, como quien da golpes en el aire y pelea con los duendes, tirándoles cuchilladas; porque eso es dar en vacío, sino castigo y mortifico mi carne, y procuro tenerla sujeta y rendida; y dice el Santo: *Castiga corpus tuum, et diabolum vinces: hoc enim modo Paulus adversus illum docuit nos esse pugnandum*. Pues castigad vos vuestra carne, mortificad vuestras pasiones y malas inclinaciones, y de esta manera venceréis los demonios, porque de esa manera nos enseña el Apóstol á pelear con ellos. Cuando un capitán que está en frontera de moros va al rebato, al moro que tiene cautivo échale en la mazmorra, y déjale aherrojado, porque no se levante contra él y ayude á sus enemigos. Pues eso es lo que habemos de hacer nosotros, sujetando y mortificando nuestra carne, porque no se haga del bando de nuestros enemigos.